

Académico Edmond Chediak Atia

Saludo de bienvenida
por el Académico Alfonso Latiff Conde

Mis primeras palabras para agradecer a la Junta Directiva la oportunidad de darle la bienvenida al Dr. Edmond Chediak con motivo de su ingreso a la Academia Nacional de Medicina.

Conozco a Edmond y a su familia desde hace muchos años. Conocí primero a su hermano Odel, mi compañero de curso en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional. Dueño de una gran inteligencia y de una capacidad de estudio extraordinaria, resaltó como el más brillante estudiante de nuestro curso. Con una personalidad amable como la de Edmond parecía menos extrovertido. Tenía todas las características del gran investigador: estudioso, introvertido, constante, imaginativo. Constituía el motivo de orgullo y amor de sus padres. Una súbita enfermedad le arrebató la vida poco tiempo después de su feliz terminación de estudios.

Edmond vino a llenar el inmenso vacío que dejaba Odel. Terminados sus estudios de Odontología, Edmond se vinculó al Instituto Nacional de Cancerología donde habríamos de trabajar juntos por muchos años. El ejercicio privado de su profesión no llenaba todas las aspiraciones del joven Chediak. En el Instituto Nacional de Cancerología Edmond rápidamente vio la oportunidad de desarrollar una sección de cáncer oral que proyectara la imagen del Instituto en un ámbito más dilatado. En conjunto con Alejandro Hakim, Pablo Bernal, Guillermo Rivera y más tarde José Antonio Hakim, proyectaron y realizaron excelentes trabajos de investigación clínica que realzaron el prestigio del Instituto en la especialidad. Su amor por la docencia lo hizo vincularse como profesor de las Universidades Nacional, Javeriana y El Bosque.

La personalidad de Edmond le permitió no solamente desarrollar una gran actividad científica sino participar en todas las actividades que las diferentes sociedades científicas adelantaban en la época. Dueño

de una gran simpatía personal, de una clara visión de las oportunidades, de un discreto orgullo, de una conciencia de su propio valor, acompañado todo ello de una habilísima capacidad diplomática, le ha permitido desempeñarse como hábil directivo capaz de sortear los más difíciles escollos. ¿De dónde vienen todas estas características que constituyen la personalidad de Edmond Chediak?

En persecución de los ancestros de Edmond Chediak permítanme describirles una escena que tiene lugar en la costa libanesa donde un brazo de mar la separa de la isla de Tiro. Corría el año 333 antes de Cristo. Un terraplén, dice Alejandro Magno a sus desconcertados generales, le mostrará a los habitantes de Tiro que ellos también pertenecen a ti erra firme. Luego agregó que este mensaje le había llegado de los dioses, en un sueño. Este era un recurso que utilizaron todos los grandes líderes de la historia. Un sueño.

Esta era una de sus tretas usuales. El joven rey no quería ser considerado loco por los honestos generales reunidos en su tienda de campaña. Su anuncio era el resultado de una tortuosa deliberación que amenazaba presentar a su ejército una tarea que demandaría poco heroísmo y mucho sudor, y es sabido que los soldados prefieren derramar sangre y no sudor.

Alejandro finalmente convenció a sus oficiales, posiblemente porque estaban furiosos. La ciudad fenicia de Tiro se había enfrentado al rey macedonio y a su ejército victorioso y el insulto debía ser castigado.

Los macedonios, que habían batido al ejército persa en Issus, se preparaban para marchar a lo largo de la costa libanesa desde Anatolia hasta Egipto. Su ruta atravesaba las ricas ciudades-estados fenicios de Aradus, Biblos, Berytus, Sidon y Tiro.

A todas estas ciudades se les había pedido, cortés pero firmemente, su cooperación con el ejército

trionfante. Los mensajeros de Alejandro habían comunicado a las autoridades de Tiro que no pretendían avasallar la ciudad y que el rey solo pedía que se le permitiera hacer un sacrificio a su dios Melgart en el templo. Nadie podía negar que esta era una solicitud modesta. Alejandro solo quería pagar un tributo a sus ancestros.

Los regidores de la ciudad manifestaron que lamentaban no estar en posición de recibirlo en el recinto amurallado de la ciudad. Sin embargo, si insistía en el homenaje a su dios, podría hacerlo en un altar que ellos de muy buen grado construirían en la costa.

¿Cómo era posible ignorar al líder del ejército más poderoso de la tierra? ¿Por qué habían considerado los tirios necesario actuar en esta forma? Estupidez arrogante? El macedonio no lo creyó. Los fenicios eran considerados proverbialmente inteligentes y hábiles. ¿Orgullo? Posible, porque eran notorios por su orgullo.

Pero esta no era la verdadera explicación para el rey macedonio. Alejandro, que había dado prueba más de una vez de una mente clara, intuición e inteligencia, pensó que había otro motivo: la diplomacia. No querían ser arrastrados en el conflicto más grande de la época entre Persia y Macedonia.

Por otra parte Tiro yacía en una isla sólidamente fortificada que estaba separada de tierra firme por el mar. En esta costa Nabucodonor II de Babilonia había admitido, después de haber avasallado ciudades fuertes como Jerusalén, no poder conquistar esta pequeña ciudad de navegantes.

Los fenicios parecían misteriosos a los demás pueblos del mediterráneo. Particularmente a los griegos. Los helenos no podían entender como esta pequeña raza había construido un gran imperio que se extendía hasta Gibraltar desde la costa libanesa y era además un imperio inasible. No estaba fundado en grandes ciudades, ni en grandes extensiones territoriales, sino en una densa red de rutas comerciales cuya única traza era el surco dejado sobre el mar por sus frágiles navíos. Sin embargo tenían fortalezas que servían como destinos en sus rutas, ordinariamente localizados en bahías protegidas. Tenían grandes depósitos, torres de observación, un edificio mayor para el comandante de la ciudad y posiblemente un templo. Era posible que mayores riquezas se guardaran en estos puertos que en los cofres de los palacios reales, o por lo menos eso pensaban los griegos. Los dueños de este sistema se distinguían por sus figuras finas, aquilinas. Eran orientales, un grupo exclusivo que operaba de acuerdo a sus propios principios.

Los fenicios tenían emplazamientos en el Bósforo, en Italia, en Sicilia, en las costas de España y el norte de África. Sus agentes eran consejeros de los tronos de Egipto y asesoraban a los reyes de Asiria, Babilonia y Persia.

La cultura fenicia era una mezcla cosmopolita con influencia de Egipto, Anatolia, Grecia y Mesopotamia. El mayor legado de los fenicios a la civilización fue su sistema simplificado de escritura, el alfabeto, desarrollado hacia 1500 A.C. Este alfabeto fue transmitido por los fenicios a los griegos y luego se extendió a Roma para convertirse así en la base de todos los alfabetos modernos. Igualmente, y puesto que el lenguaje fenicio fue adaptado por los israelitas, la Biblia hebrea hace parte del legado escrito y lingüístico de los fenicios. Sus barcos llevaron las artes y las ciencias de Egipto, Grecia y el cercano oriente y las difundieron por Italia, África de Norte y España. En el cruce de caminos del levante unieron a oriente y occidente en una verdadera red comercial y cultural. Se mantuvieron al margen de las guerras gracias a su hábil diplomacia, pero no siempre pudieron eludir a quienes eran más fuertes que ellos. Alejandro comprendió que esta confianza en su propio valor, característica de los fenicios, yacía en la convicción de que eran diferentes de los demás por su íntima cercanía al mar. En donde quiera que se establecieron vivieron más en el mar que en tierra firme. Sus ciudades siempre miraban al mar. La tierra sólo servía como una base de la cual pudieran lanzarse a su verdadero elemento. El mar esencialmente cambiante, infinito y lleno de peligros se acomodaba más a su concepto de vida que la seguridad de tierra firme.

Esto fue lo que Alejandro percibió: en el mar los tirios eran invencibles pero en tierra firme estaban a su merced. Durante siete meses los soldados de Alejandro construyeron un terraplén que uniera Tiro a tierra firme. Hoy todavía la une a la costa libanesa. En uno de los más brutales ataques la desesperada resistencia de Tiro fue quebrantada. Los tirios les hicieron pagar cada metro de tierra con torrentes de sangre, pero sucumbieron.

Ese discreto orgullo, la conciencia del propio valor, su hábil diplomacia, la pasión de vivir siempre de cara al mar que lo mantiene atado a su adorada Cartagena y a las aguas del Caribe, son el trasunto de los ancestros fenicios de Edmond Chediak.

Quiero volver un poco a nuestros años del Instituto de Cancerología. Eran los tiempos de José Antonio Jácome, de Mario Gaitán, de Jaime Cortázar, de Egon Lichtenberger, de Efraim Otero.

La vida en el Instituto, mucho más compacto y unido en esa época, era sentir, sufrir y acompañar a nuestros pacientes en esa gran tragedia que es la enfermedad del cáncer.

Allí aprendimos que el diagnóstico de cáncer está acompañado de una variedad de emociones: angustia, temor, misterio, derrota y al mismo tiempo esperanza.

Estas emociones forman parte del espíritu humano y por tal razón el espíritu como el cuerpo necesita

especial cuidado, amor, cariño, dedicación por el enfermo. Escucharlo, oírlo, acompañarlo puede ser tan útil como las medicinas, o los calmantes. El espíritu, como el cuerpo, necesita especial cuidado.

Allí aprendimos que debemos tener respeto, verdadera reverencia, por esos pacientes que nos ofrecen el privilegio de cuidarlos. Esa reverencia, ese respeto, confirman el valor y la dignidad de la vida.

La presencia de cáncer puede justificar, pero no exigir, medidas heroicas. Curar la enfermedad en cuanto sea posible, o de lo contrario, disminuir el sufrimiento, darle soporte a una razonable calidad de vida.

El diagnóstico de cáncer no es sólo la identificación de una enfermedad. Trae consigo una carga emocional tremenda para los pacientes, quienes pueden sentirse estigmatizados, así como sus familia-

res que comparten el impacto. Ellos necesitan nuestro soporte moral, físico y emocional. Debemos comprender sus percepciones y ayudarlos a manejar sus vidas alteradas.

A través de largos años Edmond se distinguió como uno de los más fieles seguidores de estos principios humanitarios. Hoy, su hijo transita el mismo sendero que con orgullo le ha señalado su padre.

Quiero compartir el orgullo y la satisfacción que en este momento embarga a Zulay, su adorable esposa, la de la misma fina, águilina figura de sus ancestros fenicios.

Compartir también el orgullo y la satisfacción de sus hijos Odel, Mónica y Juan Carlos en esta noche en que celebramos el ingreso de Edmond Chediak a la Academia Nacional de Medicina.

El artículo Cáncer Oral,
del Académico Edmond Chediak,
se publicó en la **Revista MEDICINA**, Vol. 66, Septiembre de 2004.